

TRIBUNA HISTÓRICA El autor recuerda la concentración que se celebró hoy hace 75 años, que llenó de boinas rojas la Plaza del Castillo. Los carlistas liderados por Manuel Fal Conde junto a altos mandos militares intentaron ese día apartar a Franco del poder

Un '18 de julio' contra Franco

Manuel Martorell

HACE justo 75 años, el 3 de diciembre de 1945, los carlistas liderados por Manuel Fal Conde intentaron apartar a Franco del poder en colaboración con altos mandos militares. El plan consistía en realizar una gran concentración que llenara de "boinas rojas" la plaza del Castillo, a semejanza de lo ocurrido al comenzar la Guerra Civil, y proclamar una Regencia que pusiera fin al régimen franquista y reconciliara España con las potencias vencedoras del fascismo en la II Guerra Mundial. Sin embargo, pese a los contactos establecidos y los intensos preparativos, las medidas preventivas del Gobierno impidieron que el acto se desarrollara según lo previsto, desencadenándose un tiroteo con la Policía que dejó ocho agentes heridos y la apertura de un consejo de guerra con más de cien carlistas encarcelados.

El enfrentamiento del "falcondismo", el sector mayoritario del carlismo, con el régimen venía de lejos. Había comenzado rechazando el Decreto de Unificación en 1937, continuó denunciando formalmente el nuevo sistema político con la *Manifestación de Ideales* en marzo de 1939 y tuvo su primer choque importante en octubre de ese mismo año con unos incidentes también en Pamplona, por los que Fal Conde aún permanecía confinado en su domicilio de Sevilla.

En esa crítica coyuntura internacional, cuando finalizaba la conflagración mundial, el carlismo mantenía fuerte presencia en muchas regiones, apoyos en el Ejército y se consideraba la única alternativa seria a la dictadura ya que había rechazado el franquismo incluso, según afirmaban, cuando "los Ejércitos del Eje se asomaban victoriosos a los Pirineos". Como se recordaba en el Aplec de Montserrat de 1945 ante miles de carlistas catalanes a la recién inaugurada Asamblea de la ONU en San Francisco, "España no era ni comunista ni falangista, sino tradicional y católica", por lo que era necesaria una Regencia que restaurara la monarquía si se quería que España no volviera a caer bajo influencia del comunismo.

Se da la circunstancia de que los dos principales dirigentes del PCE dentro de España en este periodo -Heriberto Quiñones y Jesús Monzón- coincidían en reconocer el papel del carlismo en un hipotético gobierno provisional. Para el primero, tendría carácter transitorio hasta la restauración de la legalidad republicana; para el líder comunista navarro, hasta la celebración de un referéndum sobre república o monarquía.

Circulares

Durante todo ese año, la dirección del carlismo difundió una decena de circulares internas con instrucciones sobre la forma de ac-



La concentración en el momento en que se pronuncian los discursos previos a los incidentes del 3 de diciembre de 1945. (Foto: Diario de Navarra)



Octavillas que se imprimieron con motivo de la concentración carlista.

tuar. En ellas se reconoce que el régimen no les va a entregar el poder "en bandeja" pero tampoco podrán arrebátárselo violentamente, por lo que se lanzaría una vasta campaña de propaganda a favor, como dice una de las octavillas, de una Regencia que "salvará a España en el interior devolviéndole la paz, y en el exterior, incorporándola a la organización mundial".

La campaña incluye contactos con altos mandos militares, en especial con el general García Valiño, jefe del Estado Mayor, con

quien Fal Conde se reúne a comienzos de septiembre. En una carta al jefe de los carlistas catalanes, Mauricio Sivatte, le informa asimismo de reuniones con otros tres mandos. Previamente, el 20 de agosto había enviado un escrito a José Solchaga, capitán general de Cataluña, explicándole que los carlistas, "ante las gravísimas y alarmantes circunstancias presentes", se sentían obligados a exponer sus "preocupaciones y planes a los hombres más representativos del Ejército".

A partir de ese momento los

acontecimientos se precipitan, convocando una concentración en Valencia y otra central en Pamplona, donde se proclamaría esa Regencia en la persona del príncipe Javier de Borbón Parma, en esos momentos abanderando de la dinastía carlista. Para ello, se aprovecharía una misa en "acción de gracias" por su "feliz liberación" del campo nazi de Dachau, al que había sido llevado por la Gestapo acusado de colaborar con la Resistencia. Inicialmente el acto religioso se celebraría en la Catedral pero, en el último momento y aduciendo la multitudinaria asistencia prevista, se trasladaría en forma de misa de campaña a la

plaza del Castillo, que se llenaría de boinas rojas. Sería allí donde se celebraría la proclamación bajo la presidencia del propio Príncipe Regente y de su delegado nacional, Manuel Fal Conde.

Las draconianas medidas preventivas del gobernador civil, Juan Junquera, refuerzan la idea de que las autoridades franquistas se tomaron en serio la amenaza. Dos semanas antes, comenzaron a darse instrucciones para impedir la circulación por las carreteras; el 20 de noviembre el gobernador ordena a todos los ayuntamientos publicar bandos advirtiendo que la concentración estaba prohibida; la dirección de Transportes envió circulares a los empresarios indicando que solamente podían circular los camiones y autobuses autorizados previamente, y la dirección de FET y de las JONS envía agentes especiales a los pueblos para impedir que los excombatientes del Requeté se sumaran a la convocatoria.

Contrapropaganda

Órdenes semejantes se dictaron en las provincias cercanas, como hizo el gobernador civil de Vizcaya el día 26 de noviembre. También se inició una campaña de contrapropaganda difundiendo panfletos antifalcondistas, como el titulado "¿Para qué sirve la Regencia?", en el que se acusaba a los carlistas de hacer el juego al Maquis. "¿A quién aprovecha la política falcondista? ¿Quién se frota las manos con la oposición al Caudillo", decía textualmente la octavilla, para responder: "Los rojos; sí, los rojos y el grupo de la resistencia francés que no ha podido

desde fuera destruir los frutos de nuestra Victoria y trata ahora de provocar el desconcierto de España”.

El informe elaborado por el comisario jefe de Navarra explica que los falcondistas llevaban recorriendo la provincia desde comienzos de noviembre diciendo a la gente que el régimen franquista se había acabado y que había llegado la hora de proclamar la Regencia de Don Javier, llamando a todos los carlistas a acudir el 3 de diciembre a Pamplona. En el cruce entre Berbinzana y Miranda de Arga, la Guardia Civil detiene un coche donde encuentran seis paquetes de boinas rojas y abundante propaganda. Según el atestado, entre los detenidos figura José García Ochotorena, que estaba llamando en los pueblos de la zona de Tafalla “a la rebelión”.

Controles

Para cuando llega el día señalado, Navarra ya había quedado aislada del exterior. Ni Don Javier ni Fal Conde pudieron acudir a la cita. Pese a todo, se mantiene la convocatoria. En uno de sus últimos comunicados, dicen que “no hay ni habrá contraórdenes”, que “no importa que las camarillas políticas que aprovecharon su nombre de carlistas para catalizarlo luego en cargos oficiales os digan que se han suspendido los actos... España, vacilante, os necesita para enderezar su rumbo de una vez por todas”. En otra circular, fechada el 30 de noviembre, se insiste en que “nos jugamos mucho” y que “puede afirmarse que toda España y aún en el extranjero están pendientes de lo que pase en Pamplona el día 3”.

La víspera, el día 2, Juan Cruz Ancin, uno de los organizadores en Navarra, y José Inchausti, de Vizcaya, se presentan ante el gobernador militar, Antonio Alcubilla, pidiéndole su autorización e invitándole a participar en el acto, informándole que García Valiño está al tanto de todo. Se trata de una maniobra para conseguir la complicidad del Ejército puenteando la autoridad civil. Alcubilla, sin embargo, no entra al trapo y les remite a Junquera, quien solamente autoriza una misa en la Catedral que igualmente se iba a celebrar al ser festividad de San Francisco Javier, patrón de Navarra.

Al día siguiente, se colocaron controles a la entrada de la ciudad y se desplegaron secciones de la Policía Armada en las calles Estafeta, Pozoblanco y plaza del Castillo. Tras la misa en la Catedral, se inició una manifestación que llegó hasta Carlos III, donde fue bloqueada por la Policía, volviendo hacia el Círculo, donde se formó una concentración entre el hotel El Cisne y el bar Bearin. Según algunos testigos, se daban gritos contra Franco y la Falange. Muchos asistentes iban armados y algunos realmente acudieron a Pamplona convencidos de que iban a un nuevo “18 de Julio” pero ahora contra Franco.

En ese momento, se dirigió a los presentes José María Valiente, que responsabilizó a las autoridades de haber impedido afluencia de los carlistas a Pamplona. Luego tomó la palabra Zamanillo, que denunció “la tiranía del actual Estado”, en su opinión “peor que la de la República”. Justo entonces se cortó el suministro eléctrico y los altavoces enmudecieron. Varios policías intentan detener a los



Instantánea de la manifestación celebrada en Valencia con el mismo objetivo de reclamar la Regencia y a la que acudieron miles de personas. AGUN



En primer plano, Manuel Fal Conde, aclamado en Pamplona por los carlistas en octubre de 1939, motivo por el que sería confinado durante años en su domicilio de Sevilla. ARCHIVO GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA (AGUN)

oradores pero los concentrados se lo impiden y la gente comienza a dispersarse para ir a comer, dando la impresión de que todo volvía a la normalidad.

Un tiroteo

Pero los hechos más graves estaban por llegar. A la hora del café, vuelve a formarse la concentración en el mismo lugar e interviene de nuevo Valiente, al que sigue Mauricio Sivatte. A golpe de silbato, se inicia una carga policial para disolver a los concentrados, entablándose una verdadera batalla campal. Un guardia es derribado tirándole del correa por la espalda; otro cae al suelo al recibir un botellazo; un tercero resulta herido por arma blanca en medio de la trifulca. De pronto se oye un disparo. Máximo de Miguel, agente de seguridad del gobernador civil, ha lanzado gritos contra los falcondistas, que se abalanzan sobre él. En su defensa, echa mano de la pistola y realiza un disparo que alcanza a un requeté de Mendigorriá.

A partir de ese momento se generaliza el tiroteo entre carlistas, policías y agentes de paisano. Los

primeros, parapetados en el Círculo; los segundos, replegados tras las columnas de los soportales de la Diputación. Entre estos se encuentra Atanasio Zabalza, agente, como De Miguel, el gobernador civil. Cuatro uniformados son heridos de bala. El sargento José Lasunción es trasladado al bar Niza, donde el doctor Alejandro García San Miguel le hace una cura de urgencia. Otros cuatro policías tendrán que ser atendidos por diversas heridas, mientras en el vestíbulo del Círculo se improvisa una enfermería con un estuche de Medicina, una enfermera y el joven riojano Carlos Purón, asistiendo a otros tres heridos de bala, uno de los cuales será trasladado en ambulancia a la Clínica Labayen.

Unos doscientos carlistas se atrincheran en el Círculo asegurando que “resistirán hasta la muerte”. El gobernador civil, que no se atrevía a desalojar por la fuerza el Círculo tal y como le ordenan de Madrid, pide la intervención del Ejército, pero Alcubilla se niega porque es un asunto civil que escapa a sus

competencias. Finalmente, tras dos horas de gran tensión y ante las promesas hechas por Junquera de que no habría represalias, hacia las ocho de la tarde los últimos carlistas abandonan el Círculo. Al día siguiente la agencia de noticias internacional United informará que se habían hecho unos setenta disparos y que la plaza quedó despejada al llegar refuerzos policiales e instalarse ametralladoras en las esquinas.

Caza de carlistas

A pesar de las promesas realizadas, durante esa noche comenzó una verdadera caza de carlistas por toda la ciudad. Las detenciones se realizaban en plena calle, en los bares donde estaban tomando potes o cenando; hubo apresamientos y registros en numerosos domicilios particulares; también en pensiones, en el hotel El Cisne y hasta en el cine Olimpia, donde se habían “escondido” algunos asistentes. En total, más de cien personas ingresaron en la cárcel provincial. De acuerdo con el testimonio de Arturo Juncosa, detenido por hacer un comentario sobre el tiroteo en el bar Kutz, los presos carlistas de su celda pronunciaban el nombre de Franco mientras hacían sus necesidades en las letrinas y, al formar en el patio, se negaron a dar los gritos de rigor, siendo secundados en el boicot a las consignas oficiales por el resto de los presos, comunes y políticos.

En los siguientes días se cursaron órdenes de detención a las provincias de Madrid, Barcelona, Guipúzcoa y Vizcaya. También se realizaron dos registros en el Círculo, encontrándose varios “zulos” con un verdadero arsenal: seis pistolas con señales de haber sido usadas recientemente, otra pistola ametralladora Astra en perfecto estado, una pistola FN belga, dos metralleras, un fusil Mauser, dos mosquetones, dos carabinas Remington y una escopeta de caza, además de gran canti-

dad de munición para todas estas armas, una granada de mano, catorce bombas de mecha y trece paquetes de cohetes. La manifestación de Valencia también había convocado a miles de carlistas que se enfrentaron a la Policía. Igualmente hubo disparos al aire por parte de agentes de paisano y el general Monasterio, que, como Valiño tenía en gran aprecio a los requetés, se encaró con el mando de la Policía Armada justo en el momento en que ordenaba la carga para disolver la manifestación. Los carlistas pudieron continuar la marcha hasta Capitanía, donde entregaron un pliego con sus reivindicaciones políticas.

La Justicia Militar abrió un consejo de guerra del que se desgajaría otra causa civil bajo las acusaciones de manifestación violenta, agresión a la fuerza armada, tenencia ilícita de armas y propaganda ilegal. Bien porque el carlismo aún contaba con fuertes resortes dentro del Ejército bien porque al régimen le resultaba difícil llevar ante los tribunales a una de las fuerzas que más había contribuido a la “victoria” de 1939, ambas causas se fueron diluyendo con el paso del tiempo, siendo sobreesida la civil cinco años después y con leves condenas para los principales autores de los disparos en el consejo de guerra celebrado en 1948. Los agentes Máximo de Miguel y Atanasio Zabalza fueron condenados a un insignificante mes de arresto mientras que el carlista Ángel Goñi lo fue a seis meses de cárcel e inhabilitación para ejercer cualquier cargo público.

Pero la principal consecuencia política de los llamados “sucesos de la Plaza del Castillo” fue el cierre definitivo del Círculo Carlista, perdiendo además el falcondismo una irreplicable oportunidad de reemplazar a un régimen franquista que, por el contrario, quedaría consolidado con la Guerra Fría al convertirse en el nuevo aliado del mundo occidental ante la amenaza soviética.